

Maqueta RAG

«No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.»

© Ediciones Akal, S. A., 1987
Los Berrocales del Jarama
Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Madrid - España
Telfs.: 656 56 11 - 656 49 11
Depósito Legal: M-27439-1987
ISBN 84-7600-229-7
Impreso en Gráficas GAR
FUENLABRADA (Madrid)

3010
DURK
ej 2

EMILE DURKHEIM

LA DIVISION DEL TRABAJO SOCIAL

Traducción: CARLOS G. POSADA

ESTUDIO PRELIMINAR
LUIS R. ZÚNIGA

TS7398 -

301.045 DURd
[La] división del trabajo...
Durkheim, Emile



FCS/TS7398



AKAL

ESTUDIO PRELIMINAR

Compte Libroy 14/9/91 UB 34

En 1858, en Lorena, nace Emilio Durkheim en el seno de una familia de rabinos. En 1893 defiende su tesis doctoral, *De la División du Travail Social*, a la que acompaña de una tesis secundaria, redactada en latín, tal como pedían las costumbres académicas de la época, sobre la contribución de Montesquieu a la ciencia social (*Quid Secundatus politicae scientiae instituendae contule rit*).

Entre esas dos fechas, Durkheim consiguió terminar brillantemente sus estudios secundarios, ingresar (con bastante menos brillantez) en la Ecole Normale Supérieure (1879), viajar por Alemania y estudiar con Wundt (1885-86), ser nombrado profesor de Pedagogía y Ciencia Social en la Facultad de Letras de la Universidad de Burdeos y profesar así por primera vez en la Universidad francesa cursos de sociología (1887). Sucinto recordatorio de fechas y experiencias que, ciertamente, puede iluminarse con detalles menos banales. Así, puede evocarse al joven provinciano instalado en París para preparar el concurso de ingreso en la Ecole Normale que tiene como compañero de pensión a Jean Jaurés, otro provinciano que también sigue idénticos estudios, con quien habla largo y tendido sobre política: ni el uno es todavía socialista, ni el otro sociólogo, pero ambos

coinciden en el apasionamiento con que observan lo que ocurre a su alrededor.

También, al flamante alumno de la Ecole Normale que se interesa por las enseñanzas de Fustel de Coulanges y Boutroux y se aburre soberanamente con las disquisiciones abstractas que suministran la mayor parte de los profesores. O al recién licenciado que recorre Alemania estudiando, al tiempo, la organización universitaria y la orientación que Wundt imprime al análisis de la vida moral en las sociedades humanas. En fin, al joven profesor que tiene como colegas a Hamelin y, sobre todo, a Espinas, introductor (y crítico) en Francia de Spencer y autor de un estudio sobre *Les Sociétés Animales* (1887) que suscitó notable alboroto en los medios académicos.

Todo ello puede, sin duda, suministrar enseñanzas sobre el discurso durkheimiano y ayudar a reflexionar sobre el origen de ésta o aquellas preposiciones suyas. Sólo que se deja así de lado aquello que, a mi juicio, está en la génesis misma de un proyecto de llegar a ser sociólogo o, más exactamente, aquello sin lo que Durkheim se nos escurre entre los dedos. Me refiero, concretamente, a sus relaciones con los problemas sociales de la época.

Es preciso comenzar afirmando que Durkheim nunca concibió el trabajo del sociólogo como algo que podía ser indiferente a las situaciones concretas en que el científico se encontraba inmerso. En la *División del Trabajo Social* escribe: «por el hecho de que nos propongamos estudiar ante todo la realidad, no se deduce que renunciemos a mejorarla: estimaríamos que nuestras investigaciones no merecerían la pena si no hubieran de tener más que un interés especulativo» (pág. 41 de esta edición, por lo que se efectuarán todas las citas); en *Les Règles de la Méthode Sociologique* es igualmente terminante: «¿Qué razón puede haber para conocer la realidad si ese conocimiento no nos sirve para la vida?»¹. Pero ocurre que la muerte le sorprendió (1917) redactando una *Morale* en la que, según el testimonio de Marcel Mauss, los problemas referentes a la política en general y al Estado

¹ París, PUF, 1963, pág. 48.

en concreto ocupaban una buena parte; que unos meses antes de morir había vuelto a repetir (las ocasiones anteriores fueron en 1904 y 1912) las *Leçons de Sociologie* profesadas ya en Burdeos entre 1890 y 1900; que, en fin, textos «menores» de los publicados en los últimos años tienen como objeto temas tales como nacionalismo e internacionalismo, función política de los intelectuales, democracia, lucha de clases. Es decir, desde su primer libro hasta sus últimos escritos hay una continuidad con respecto al interés por las cuestiones conflictivas de la época. Si tal ocurre, ¿dónde encontrar otra base a las afirmaciones de Parsons (a saber: tras *Le Suicide* (1897), Durkheim dejó de lado ese tipo de problemas) que en el desinterés (y éste sí que parece más verosímil) del intérprete con respecto a tales asuntos?

Todo ello con respecto al sociólogo ya formado, en posesión de un método. Pero ¿y el joven *normalien*?, ¿y el joven profesor? No es infrecuente, ciertamente, tropezarse con el recurso de reconstruir la génesis del proyecto durkheimiano en los términos tradicionales del buscar «influencias», «ascendencias» y «descendencias». En este sentido, se recuerda al estudiante de la Normale que lee a Spencer, que se siente atraído por el esfuerzo de Renouvier para hacer de la moral una ciencia positiva, que encuentra en Comte los presupuestos que le llevarán hasta la sociología: irreductibilidad del hecho social, crítica del individualismo y del nominalismo, definición del papel de las normas sociales, intentos de construcción de una sociología del conocimiento². De manera semejante, hay reconstrucciones eruditas de su estancia en Alemania que describen su comercio intelectual con los Socialistas de Cátedra y una nunca francamente explicitada influencia de Sismondi: análisis minuciosos de sus primeros textos publicados muestran, efectivamente, convergencias aquí, críticas allá, es decir, en cualquier caso, ponen de manifiesto trazas de la temprana lectura de los profesores socialistas alemanes y del socialista utópico³. Pueden men-

² J. Duvignaud, *Durkheim* (París, PUF, 1965), págs. 2 y 3. La mejor exposición de la trabazón entre experiencias vitales y elaboración intelectual en Durkheim es la de S. Lukes, *Durkheim. His Life and Work* (Penguin Books, 1973).

³ B. Lacroix y B. Landerer, *Durkheim, Sismondi et les Socialistes de la Chaire*

cionarse también las interpretaciones que relacionan proposiciones básicas de Durkheim con ciertos enfoques de la *Introduction à l'étude de la médecine expérimentale* (1865) de Claude Bernard: una buena parte de las investigaciones de Canguilhem ha mostrado la influencia básica de ese texto sobre el discurso de la época y, desde luego, es clara la que ejerció sobre lugares durkheimianos tan cruciales como la distinción entre lo normal y lo patológico, las conexiones y el método para analizar lo uno y lo otro⁴.

Tales estudios, y no pretendo en absoluto exhaustividad ya que podrían enumerarse varios más con intención similar, son, en buena parte, ciertos. Pero en otra, como todos aquellos que adoptan la perspectiva de la localización de influencias intelectuales, pueden llevar a la conclusión de que la génesis del proyecto sociológico durkheimiano fue algo estrictamente libresco. El Durkheim que así se pintaría se corresponde con la imagen de un joven que devora libros en alguna biblioteca desarraigada de cualquier contexto histórico y cuyos límites existenciales son los marcados por las paredes de la sala en cuestión. Lo cual me parece enteramente falso.

Durkheim ingresa en la Ecole Normale en 1879. Es el mismo año en que se vota, y se concede, la amnistía a los «communards»; es, también, el año en que el movimiento obrero francés parece haber restañado las heridas de la represión versallesa y se recompone: se funda, en el Congreso de Marsella, la Federation du Parti des Travailleurs de France, quien, con Jules Guesde como figura central indiscutible, declara: «Ante todo, el proletariado debe romper con la burguesía» —dándose así los primeros pasos en una estrategia política articulada básicamente en torno al programa de «clase contra clase» y de rechazo radical de cualquier

en *L'Année Sociologique* (1972). El mejor estudio de las relaciones entre Durkheim y el socialismo es el de J.C. Filloux, *Durkheim et le socialisme* (Genève, Droz, 1977).

⁴ Consultese, de Canguilhem, *Lo normal y lo patológico* (Madrid, Siglo XXI, 1971) y *Etudes d'Histoire et de Philosophie des Sciences* (Paris, Vrin, 1970). Una comparación, cuyas consecuencias son muy discutibles, de Durkheim y Bernard es la de Paul Q. Hirst, *Durkheim, Bernard and Epistemology* (Routledge and Kegan, 1975).

«posibilismo»⁵. Pero, además, la Comuna, la guerra interior, va asociada a Sedan, la derrota exterior. Guerra perdida y guerra civil. Todo ello mezclándose y proyectándose forzosamente sobre la vida social de aquellos años. ¿Qué es una nación?, se preguntaban Renan en la Sorbona, en 1882. La respuesta podía ser personal, suya, pero el fondo de problemas a que se refería, a que quería contestar, era algo ampliamente compartido. Las clases, la lucha de clases, la unidad nacional, el conflicto y la disciplina, la autoridad: al filo de sus propias experiencias personales, de recuerdos y de impresiones, de la práctica cotidiana, todas esas cuestiones aparecían como el punto de partida para la reflexión de toda una generación. «Por poco que escarben en su pasado y por muy lejanos que sean los asuntos a los que miren, las generaciones de los años setenta encuentran Sedan y la insurrección parisina tras la derrota en la sustancia de su vida cotidiana»⁶. Lo cual, ciertamente, sólo puede resultar una novedad si se ha olvidado que esos problemas constituyen la trama esencial de la vida social en las sociedades industriales y que, en definitiva, la Comuna ha sido una de las coyunturas históricas en que la lucha de clases ha alcanzado un nivel más elevado.

A esa serie de «datos de hecho», a ese marco de referencia genérico en cuyo interior construye «su» cultura una generación, se superponen, además, los complejos avatares de la III República. Basta con evocar las dificultades iniciales de la «República de los Duques», los equilibrios siempre a punto de quebrarse entre Thiers y la Asamblea, las largas negociaciones entre legitimistas y orleanistas sobre si habría de ser el conde de Chambord o el de París el futuro rey de Francia, para poner de manifiesto lo precario del futuro que se auguraba al régimen establecido por la Constitución de 1875. Y la intentona de Boulanger y la facilidad con que el «Affaire Dreyfus» se desbordó desde una discusión sobre las

⁵ G. Lefranc, *Le mouvement socialiste sous la Troisième République* (Payot, París, 1963), pág. 32. G.D. H. Cole, *Historia del pensamiento socialista* (FCE, 1964) T. III, pág. 304.

⁶ B. Lacroix, *La vocation originelle de Durkheim en Revue Française de Sociologie* vol. XVII, n.º 2 (1976), pág. 220.

condiciones en que un tribunal militar había dictado una sentencia hasta una división de la sociedad en torno a dos maneras distintas de entender los derechos civiles y el imperio de la ley prueban, sin duda, que, aún en las postrimerías del siglo, la estabilidad de la República no era algo definitivamente adquirido.

Crisis sociales, crisis políticas, crisis morales: ¿podría permanecer Durkheim ajeno a todo ello? «Desde los años de estudiante en la Ecole Normale —ha escrito Marcel Mauss— por vocación e inmerso en un medio con intensas inquietudes morales y políticas, de acuerdo con sus condiscípulos Jaurés y Hommay (muerto en 1886), Durkheim se consagró al estudio de la cuestión social»⁷. Olvidar o poner entre paréntesis esa coyuntura histórica es imposibilitar la comprensión misma de la génesis de la sociología durkheimiana. Y, en este sentido, es necesario recordar las siguientes y pertinentes palabras de Duvignaud: «Ciertamente, Durkheim apenas si abandonó su cuarto de trabajo. No hizo ninguna investigación directa sobre sociedades no europeas. Sin embargo, examinando las cosas más detenidamente, es fácil constatar que Durkheim participó realmente en una experiencia social de considerable envergadura: los cambios que afectaron a las sociedades europeas durante la industrialización. El campo de las investigaciones de Durkheim fue la trama de la vida colectiva en la que su existencia de intelectual estaba inserta»⁸.

Ese fondo de experiencias, de sensaciones, de inquietudes colectivas es, pues, quien está en la base misma del proyecto durkheimiano. Posibilitar la «Reforma moral e intelectual de Francia» es la tarea que genera el nacimiento de su «vocación» sociológica. Proyecto, pues, rigurosamente *político* —en el que, por supuesto, no caminaba solo. Consolidar la III República, la República «laica», reorganizar y reformar la sociedad francesa, impedir la disgregación de la vida social, elaborar una nueva disciplina colectiva: todos estos objetivos suyos, tantas veces explicitados en tantos luga-

⁷ *Oeuvres* (París, Minuit, 1968), vol. III, pág. 505.

⁸ Durkheim, op. cit. pág. 13.

res de su discurso, son algo ampliamente compartidos con muchos de sus compañeros de estudios y claustro y, en definitiva, son los que a su vez hace suyos la burguesía laica que aspira a convertirse (y se convertirá) en protagonista de la República. Es claro que sobre todo ello van a volcarse lecturas y análisis, que el joven Durkheim buscará aquí y allá respuestas a sus preocupaciones, pero no es menos claro que tal actividad alcanza su máximo significado cuando se la contempla *desde* esas preguntas suyas iniciales. No son sólo libros quienes le llevan hasta la sociología, es lo acuciante de su contexto quien le conduce precisamente a unos libros y a la sociología. «Toda su pretensión teórica ante la realidad —se ha dicho— estaría orientada a posibilitar científicamente su reforma política en el sentido de una consolidación y progresiva funcionalidad del régimen republicano»⁹.

Todo lo cual, a su vez, reclama una precisión. Una cosa es sostener que el origen del proyecto durkheimiano es político y que nunca quiso desvincular la sociología de los problemas concretos de la sociedad y otra muy distinta concluir sosteniendo que identificó política y sociología. Sobre este punto, hay textos suyos terminantes. «Puede poseerse el genio suficiente para descubrir las leyes generales por las que se explican los hechos sociales del pasado sin poseer por ello el sentido práctico que permite adivinar las medidas que reclama un pueblo dado en un momento determinado de la historia. De la misma manera que un gran fisiólogo es generalmente un clínico mediocre, el sociólogo tiene bastantes posibilidades de ser un estadista incompetente»¹⁰. Eran otras las direcciones en que pensaba que la labor del sociólogo podía ser socialmente eficaz. Según planteaba la cuestión, la *información* y la *educación* ofrecían los campos privilegiados para la acción del científico social: éste no puede identificarse con el político, sus conocimientos no siempre le permiten proponer la adopción de medidas

⁹ C. Moya, *Emile Durkheim y la Tercera República* en *Boletín Informativo de Ciencia Política*, n.º 8 (1971).

¹⁰ *La Science sociale et l'action*. (París, PUF, 1970), pág. 279.

concretas, tampoco su saber le autoriza a sustituir al político, pero, ciudadano, sí puede y debe informar a la sociedad sobre su marcha general y, así, educarla a fin de hacerla autoconsciente de sí propia. Hay oscilaciones en su pensamiento sobre la eficacia de la sociología para la emisión de diagnósticos sociales precisos (así, hay momentos en los que afirma la posibilidad de una «política científica»; en otros, piensa que el conocimiento sociológico no está aún en condiciones de producir análisis lo suficientemente concretos y rigurosos como para que el político pueda utilizarlos) pero, en innumerables pasajes, su discurso expresa una insistente incitación a la acción, una constante llamada a los sociólogos para que se dirijan «a la opinión pública y a los hombres de Estado proponiendo medidas para que se produzcan esos cambios cuya necesidad se experimenta vivamente, pero cuya naturaleza sólo se entrevé confusamente»¹¹.

La tradición sociológica considera, justamente, a *La División del Trabajo* como uno de los textos claves de la teoría social. Puede escribirse lo siguiente. Que, junto con la de Tocqueville, las tres concepciones sobre la sociedad moderna en su globalidad configuradoras del núcleo central de la sociología son las de Marx, Weber y Durkheim. ¿Cuál sería el contenido de la sociología si no hubieran existido y existiesen controversias y debates sobre conceptos y teorías tales como: la apropiación privada de la plusvalía como eje central del modo de producción capitalista; la tendencia del capital a su expansión, concentración y, correlativamente, la proletarianización creciente de la sociedad; la articulación entre la «estructura» y la «superestructura»; la alineación; la racionalización y su otra cara, la burocratización, como Destino del universo occidental; la eficacia social del carisma; el impacto que sobre lo «mundano», y muy especialmente sobre la actividad económica, ejercen las creen-

cias religiosas; la relación entre individuo, autoridad social y Estado; la anomia; las representaciones colectivas como motores de la estabilidad y el cambio social; la religión y la representación simbólica de la unidad social; etc.? Sin esos tres discursos, es decir, sin la confrontación (no siempre explicitada) de los dos últimos con el primero, la sociología sería algo muy distinto de lo que hoy es. Lo cual se ha intentado, e intenta, ocultar, ignorar, trivializar o «superar». Con un resultado bien conocido, a saber: una de las más escandalosas vergüenzas de la teoría social académica es su soberana ignorancia de Marx, es decir, su soberana ignorancia de la problemática (teórica y práctica) en oposición a la cual Weber y Durkheim desarrollaron su discurso. Las trivialidades que con harta frecuencia pueden leerse u oírse en plumas y boca de ilustres representantes del pensamiento social con respecto a asuntos tales como los límites del análisis durkheimiano sobre la división del trabajo, o al contenido de las tesis weberianas sobre la racionalización, arrancan básicamente de ignorar en bloque aquello sobre lo que realmente uno y otro estaban discutiendo. O sea, que esa soberana ignorancia a que me refería termina volviéndose contra sus protagonistas, e incluso en su propio terreno. Pues consiguen concluir ignorando no sólo a Marx (lo que no creo que les quite el sueño), sino los puntos de arranque mismos de la tradición sociológica de la que se consideran herederos y perfeccionadores.

Demoraría en exceso aludir ahora, por ejemplo, a aquellos pasajes de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* en que Weber se refiere abiertamente a Marx y sus análisis sobre la génesis del modo de producción capitalista, a declaraciones públicas suyas realizadas en los años posteriores de su vida en que valoraba la *Ética protestante* como una refutación positiva del materialismo histórico, a los múltiples pasajes de sus ensayos metodológicos (su análisis crítico de la crítica de Stammler al marxismo, sus exposiciones sobre *El Capital* como «tipo-ideal», el tratamiento de la causalidad en las ciencias sociales, por recordar los más notorios aquí) que tienen a Marx como objeto de controversia.

¹¹ J. C. Filloux, *Introduction a La Science sociale et l'action* op. cit. pág. 45.

Pero es que con Durkheim, si bien fue mucho menos explícito, ocurre algo no muy diferente.

Antes de nada, por el momento histórico que vivió. Las breves referencias al mismo que más arriba he hecho acaso basten para prevenir con respecto a las consecuencias de su olvido. La lucha de clases, o la cuestión social en el lenguaje durkheimiano y de tantos contemporáneos suyos, era extraordinariamente aguda, el sistema social en su conjunto amenazaba con la desintegración, la cotidianeidad política era lo opuesto a una balsa de aceite. Durkheim, junto con otros muchos universitarios, no permaneció ajeno a las presiones de la coyuntura histórica —y el testimonio (también recordado) de Marcel Mauss, tan próximo a él, es terminante a este respecto. En definitiva, que la crisis social y política en que Durkheim se vio inserto conocía, y con extraordinario vigor, la alternativa concreta que el movimiento socialista representaba y que su discurso sociológico es inseparable de ello.

Ahora bien, sus relaciones con el socialismo y con el marxismo marchan generalmente por caminos un tanto ex-céntricos: no se plasman en una controversia abierta y directa, no son siempre claras, y sin embargo son muy profundas. Más aún, es el mismo modo en que Durkheim plantea la cuestión quien otorga la significación más precisa a buena parte de su discurso, en general, y a la *División del Trabajo Social*, en concreto. A este respecto, hay un par de textos suyos que son extraordinariamente aclaradores.

En 1897 Durkheim publicó unas páginas en que analizaba los *Essais sur la conception materialiste de l'histoire* de Antonio Labriola. Es un escrito clave. Es, en efecto, el único en que se enfrenta directamente (nunca lo hizo con Marx) con un texto marxista, el único en que consideró y trató al discurso marxista de un discurso científico. Se refirió, sin duda, en otros muchos lugares al marxismo y al socialismo, pero siempre tratándolo como algo a explicar, como «cosa social» de la que la sociología debería dar razón, como «ideal» o «anhelo colectivo» que podía ser explicado por la ciencia. Para decirlo con sus propias palabras: «Hablando en términos estrictos, el socialismo no puede ser científico. No

puede sino utilizar datos incompletos y fragmentarios de la ciencia para ponerlos al servicio de una causa que sostiene por razones ajenas a la ciencia»¹². «No puede haber socialismo científico. Para que tal socialismo fuese posible sería menester contar con conocimientos científicos que no existen y que no pueden improvisarse. Frente a tales problemas, la única actitud que la ciencia puede mantener es la de la reserva y la circunspección, y el socialismo no puede, so pena de traicionarse, comportarse de esa manera. De hecho, no se ha comportado. Considérese la obra más rica, más vigorosa, más sistemática que ha producido: *El Capital*, de Marx. ¡Cuántos datos estadísticos, cuántas comparaciones históricas, cuántos estudios serían necesarios para solucionar científicamente cualquiera de las innumerables cuestiones que trata!¹³ La crítica, a Labriola es, pues, el único lugar en que pueden encontrarse abiertamente explicitadas por Durkheim mismo sus principales diferencias (desde el punto de vista de la ciencia) por el marxismo.

«Creemos fecunda la idea de que la vida social no debe explicarse por las ideas que los individuos tienen sobre ella, sino por causas profundas que escapan a su consciencia; y pensamos también que esas causas deben buscarse en la manera según la cual se agrupan los individuos asociados. Creemos también que sólo a condición de ello, y con esa condición solamente, la historia puede llegar a ser un ciencia y, por consiguiente, la sociología puede existir. Porque para que las representaciones colectivas sean inteligibles, es preciso que provengan de algún lado, y como no pueden formar un círculo cerrado sobre sí mismo, su origen debe encontrarse fuera de ellas. O la conciencia colectiva flota en el vacío, suerte de absoluto irrepresentable, o se conexiona con el resto del mundo a través de un substrato del que, por tanto, depende. Y, por otro lado, ¿puede estar compuesto ese substrato por otra cosa que no sean los miembros de la sociedad, los hombres socialmente combinados? Tal proposición nos parece la evidencia misma. Pero no vemos ninguna

¹² *La science sociale et l'action*, pág. 243.

¹³ *Le socialisme*, (París, PUF, 1971), págs. 36-37.

necesidad de ligarla, como lo hace nuestro autor (Antonio Labriola), al movimiento socialista, del que es totalmente independiente. En lo que a nosotros se refiere, hemos llegado a ella mucho antes de haber conocido a Marx, de quien no hemos recibido ninguna influencia»¹⁴.

No solamente ninguna influencia, sino que la concepción durkheimiana del «sustrato social» es radicalmente opuesta a la concepción marxista de la «estructura» y de su articulación con la «superestructura». Hay, en efecto, oposición de Durkheim a Marx—Labriola en los siguientes puntos decisivos. «Todo lo cierto que nos parece que las causas de los fenómenos sociales tienen que buscarse fuera de las representaciones individuales, nos parece falso que, en última instancia, se expliquen por el estado de la técnica industrial y que el factor económico sea la llave del progreso»¹⁵. Pues no se trata sólo de que Durkheim encuentre que las hipótesis marxistas carecen de la suficiente apoyatura empírica, que las leyes generales que encuentra en el marxismo le parecen fundadas en pocos datos, sino que afirma tajantemente que «lo» económico, lejos de ser determinante en última instancia es, históricamente, secundario y derivado: «Sociólogos e historiadores —escribe— tienden cada vez más a encontrarse en una misma afirmación: que la religión es el más primitivo de los fenómenos sociales. De ella, por transformaciones sucesivas, han surgido las demás manifestaciones de la actividad colectiva: derecho, moral, arte, ciencia, formas políticas, etc. Al principio todo es religioso. Es incontestable que, en los comienzos, el factor económico es rudimentario, mientras que la vida religiosa, por el contrario, es rica y amplia. ¿Cómo podría derivar ésta de aquél? ¿No es probable que la economía dependa de la religión más que la segunda de la primera?»¹⁶.

Además, una cosa es el planteo metodológico (errado o no, que eso es secundario) del marxismo y otra bien distinta es que tenga algo que ver con la lucha de clases —es decir, en el lenguaje durkheimiano, con la «cuestión social». Puede

¹⁴ *La Science sociale et l'action*, pág. 250.

¹⁵ Op. cit. pág. 251-252.

¹⁶ Op. cit. pág. 253.

postularse, dice Durkheim, que a partir de la psicología individual, del individuo aislado, no puede darse razón de la realidad social e histórica; que la conciencia colectiva descansa sobre los hombres socialmente combinados; que, en fin, lo más significativo de los hombres socialmente combinados remite al estado de la técnica y de la economía: ¿pero cuál es la relación de todo ello con la guerra entre obreros y patronos? «No vemos por ninguna parte qué incidencia ha podido tener el triste conflicto entre las clases del que hoy somos testigos en la elaboración o el desarrollo de esas ideas»¹⁷.

En su prólogo a la edición de las lecciones durkheimianas sobre *El socialismo*, Mauss se refirió abiertamente al interés de Durkheim en marcar con claridad las diferencias que le separaban del (en el lenguaje de la época) «colectivismo», a fin de que cesasen los rumores que obstaculizaban grandemente su ascenso en la jerarquía académica. Puede dejarse ahora este extremo de lado. Porque lo que resulta bien neto es su oposición global al marxismo. Ni considera que tenga valor científico, ni ve qué relación pueda tener con la lucha de clases, ni admite la idea misma de clases que se oponen. Y, en efecto fuera de ese lugar, siempre que se refirió al marxismo (y al socialismo, en general) no pasó de tratarlo como algo a explicar, nunca como explicación; como ideología (o suerte de religión) no como teoría con la que se podía entablar discusión científica. Sólo que es este planteo quien da la significación política más profunda a sus análisis sobre la sociedad moderna y a la *División del Trabajo Social* más en concreto.

¿Por qué surge el socialismo?, ¿cuáles son las necesidades sociales concretas que lo han generado?, ¿qué modificaciones sociales reclama?, ¿cuál es su contenido más profundo? Preguntas éstas a las que Durkheim propone la siguiente respuesta:

«El socialismo es, sobre todo, la aspiración a reorganizar el cuerpo social de forma tal que se modifique la situación que la industria ocupa en la sociedad: que salga de la sombra en que actualmente está, y en la que funciona de

¹⁷ Op. cit. pág. 251.

forma automática, para ser iluminada y controlada por la conciencia. Puede notarse hoy que esta aspiración no sólo la experimentan las clases inferiores, sino el Estado mismo. En efecto, a medida que la actividad económica crece en importancia como factor de la vida social, el Estado se ve conducido, por la fuerza de las cosas, por necesidades vitales de la más alta importancia, a controlar esa actividad y a regular sus manifestaciones. De la misma manera que las clases obreras tienden a aproximarse al Estado, éste tiende a aproximarse a ellas y ello porque extiende cada vez más sus ramificaciones y su esfera de influencia. ¡El socialismo no es, ni mucho menos, algo exclusivamente obrero! En realidad, son dos las corrientes bajo cuya influencia se ha formado la doctrina socialista. Una que, viniendo de abajo, se dirige hacia las regiones superiores de la sociedad; la otra, que viene de éstas, y sigue la dirección inversa. Pero como, en el fondo, la una es prolongación de la otra, como se implican mutuamente, como no son sino aspectos diferentes de una misma necesidad de organización, no puede excluirse a ninguna de las dos a la hora de definir el socialismo. Indudablemente, ambas corrientes no tienen la misma fuerza en los diferentes sistemas socialistas: según la situación que ocupe el teórico, según esté más en contacto con los trabajadores o con los intereses generales de la sociedad, carga el acento en una u otra. De ahí nacen variedades de socialismo (socialismo obrero, socialismo de Estado), cuyas diferencias sólo son de grado. No hay ningún socialismo obrero que no reclame un desarrollo mayor del Estado; no hay ningún socialismo de Estado que se desinterese de la suerte de los obreros. No son sino variantes del mismo género y es el género lo que nosotros definimos»¹⁸.

De todo lo cual nace, según Durkheim, así el carácter rigurosamente actual del socialismo como sus limitaciones más insalvables, sus insuficiencias más determinantes. De un lado, socialismo está enraizado con vigor en las necesidades de la sociedad moderna. Se propone, en efecto, reorganizar las funciones económicas, es decir unas funciones que en el

¹⁸ *Le Socialisme*, págs. 55-56.

mundo contemporáneo han adquirido importancia social vital y, sin embargo, se desarrollan ciegamente, se desarrollan sin conocer control alguno: de ahí no pueden sino surgir tensiones sociales de la mayor gravedad. Una cosa, pues, viene a decir Durkheim, es que la «concepción materialista de la historia» yerre cuando atribuye una eficacia causal determinante a «lo» económico y otra bien distinta que, una vez que «lo» económico existe y existe con la importancia que actualmente tiene, pueda menospreciarse a la hora de enfrentarse con los conflictos sociales contemporáneos: es un sector social clave y, por tanto, lo que en él ocurra ha de afectar necesariamente antes o después a los demás sectores sociales. Por esto, porque propone reorganizar las actividades económicas, el socialismo está profundamente enraizado en la naturaleza misma de las sociedades modernas.

Pero, de otro lado, en la medida en que sólo retiene esa dimensión económica, el socialismo es insuficiente; es decir, su diagnóstico sobre los males de la sociedad moderna es limitado, sólo pone al descubierto uno de los aspectos del problema. «Aunque los trabajadores alcancen privilegios que neutralicen en parte los de los patronos, aunque se disminuya la jornada de trabajo, aunque los salarios sean elevados por la ley, nunca podrán satisfacerse totalmente los deseos de los hombres, porque, satisfechos unos, otros cobrarán mayor intensidad. Las exigencias son ilimitadas. Intentar apaciguarlas satisfaciéndolas equivale a querer llenar el tonel de Danae. Si la cuestión social se plantease en esos términos, habría que declararla insoluble»¹⁹. Las ambigüedades y el carácter incompleto del socialismo arrancan de ahí. El propio Saint-Simon, recuerda Durkheim, tras haber insistido solamente sobre la reorganización material, tuvo, al final de su vida, que introducir, en *Le nouveau Christianisme* (1825), elementos de tipo «espiritual» porque comenzó a detectar la insuficiencia de lo material y la imposibilidad de conseguir la paz social basándose sólo en ello, «Lo imprescindible para que haya orden social es que la generalidad de los hombres se contenten con su suerte. Pero ese

¹⁹ Op. cit. pág. 85.

contentarse con lo necesario no bratarpa de tener más o menos, sino del convencimiento de que no se tiene derecho a tener más. Y, para ello, es absolutamente preciso que haya una autoridad a la que se reconozca superioridad y que decida. Porque, abandonado a la presión de sus necesidades, el individuo jamás admitirá que ha llegado al límite extremo de sus derechos. Si no siente por encima de sí una fuerza que le infunda respeto y que le diga con autoridad que ha recibido lo que le era debido, es inevitable que reclame como si se le debiese todo lo que sus necesidades exigen y, como no hay freno para éstas, las exigencias serán necesariamente ilimitadas. Para que no ocurra así, tiene que haber un poder moral al que reconozca superioridad que le diga: «no debes ir más allá»²⁰.

Por último, Durkheim detecta en el socialismo otro error fundamental. Se trata de la inclinación hacia el radicalismo revolucionario. No se trata tanto, advierte, de la utilización o no de medios violentos para su instauración²¹ como de la creencia en que se puede hacer desaparecer enteramente el orden social actual y construir otro nuevo por entero. Creencia ingenua e imposible de realizar, dictamina, porque las instituciones futuras no son sino las pasadas transformadas, «a menos que se suponga la hipótesis imposible de que, en un momento dado, el curso de la vida social quedaría enteramente suspendido»²².

➤ Dos puntos, pues, retiene Durkheim como básicos del socialismo: 1) pertenece a nuestra época en cuanto que subraya la importancia de las actividades económicas y propone su reforma; 2) pero su diagnóstico es doblemente insatisfactorio: reduce toda la problemática a lo material, cree ingenuamente que la violencia es la gran partera de la historia. Pertenece a nuestra época: es decir, no es una especulación de un pensador aislado, sino que el estado social al que se refiere existe efectivamente y está reclamando reformas: la

²⁰ Op. cit. págs. 226-227.

²¹ Recuérdese, sin embargo, que Marcel Mauss escribió que si bien Durkheim tuvo una vaga simpatía por el socialismo, jamás se adhirió a él porque «le repugnaba su carácter violento y el carácter de clase» (*Oeuvres*, vol. III, pág. 505 ss.).

²² *Le socialisme*, págs. 505 ss.)

vida económica no puede seguir desarrollándose de manera anárquica, en la sombra, sin regulación. Sólo que detecta una de las dimensiones del mal, no el mal en toda su complejidad, y las reformas que propone son más deseos que el resultado de un análisis científico. El socialismo no es ni puede ser científico: es la ciencia, la verdadera ciencia, quien al tiempo, puede permitir explicar porqué surge el socialismo y cómo remediar la situación social que ha posibilitado la existencia del socialismo.

Lo cual, dicho brevemente, es la pretensión política de la *División del Trabajo Social*. En este texto, Durkheim intentó producir, en un mismo gesto, la alternativa científica a los diagnósticos y programas socialistas y edificar la ciencia que posibilitaría tal alternativa. De esta manera, la sociología es en su discurso algo a construir y construcción cuya más radical intencionalidad es política. La crisis social que Durkheim vivió reclamaba remedios y esos remedios deberían ser proporcionados por una ciencia que aún no existía. El tono profético que tantas veces adquiere su discurso y la concepción casi religiosa de su trabajo y de la sociología se explican fácilmente a partir de ahí: se trataba, ni más ni menos, de abrir un horizonte al conocimiento científico que podría mostrar a la humanidad el camino a seguir para llegar hasta la Humanidad.

* * *

¿Puede haber una ciencia de la sociedad? Es decir, ¿cuál sería el objeto específico que legitimaría la existencia de una tal ciencia y cuáles serían sus reglas metodológicas propias? Porque, en contraste con interpretaciones que proyectan la imagen idealizada de un joven sociólogo en temprana posesión de su método, hay que recordar la cuestión obvia de que Durkheim llegó a ser, pero no nació, sociólogo y de que difícilmente pudo aprender el método de sus maestros por la muy elemental razón de que, en su época estudiantil, la sociología no existía como disciplina académica. Lecturas, interpretaciones de lo que en torno a sí veía, análisis de su propio pensamiento: todo ello a lo largo de una serie de